

SEÑOR EX ALCALDE

Algo he oído de que en Lugo ha saltado la Idea de una futura asociación política: la que formarían todos los ex alcaldes de España, de norte a sur, desde las costas gallegas o la raya con Portugal hasta las aguas del Mediterráneo. Y no me choca que la voz se haya dado en aquella ciudad, porque en su plaza de los Cantones -tan del gusto de Alfonso XIII- se ha respirado siempre un aire ávido y puro de ciudadanía, favorecedor de notables vocaciones para el gobierno y administración de la cosa pública.

Aún no sabemos cómo se comportarán "in vivo" estas instituciones, cuando salgan del laboratorio, Pero si realmente no va a haber lo que se dice partidos políticos y sí, en cambio, agrupaciones motivadas por ciertas circunstancias comunes, creo que los ex alcaldes pueden darle a la suya una homogeneidad evidente. Porque el ser alcalde imprime carácter. En cierto modo, todo el que lo ha sido con un mínimo de convicción queda marcado para el resto de sus días, quizá porque tal cargo no constituye una profesión sino una aventura, y las aventuras se agarran mucho en el corazón del hombre.

Siempre que a un ciudadano lo llaman para entregarle la vara de mando de su pueblo hay que contar con una pudorosa renuencia. El "yo no soy digno" es ritual e ineludible. La mujer pesa mucho en esos trances, y la mujer del designado suele inclinarse a la defensa del hogar, al "buena gana de meterse en líos". Al fin todo se arregla, y hasta puede suceder que al tiempo que la alcaldesa se conforma, el nombrado se lo tome más a pecho de lo que él mismo imaginaba. Es verdad que a veces se empieza con mucho celo y pronto viene el desinflarse. "Alcalde del mes de enero" le llaman a eso en alguna parte. Pero más corriente es el caso contrario. Becket fue un juguista compañero de su señor hasta que éste, pensando que las cosas seguirían como siempre, lo hizo primado de Inglaterra. Pero al nuevo arzobispo le dio por tomárselo en serio y defender el honor de Dios, y ante eso, ni rey ni nada. Yo sé de un pueblo o villa donde no hace mucho estrenaron alcalde. Era un ciudadano sin tacha, pero más bien indolente, sin pizca de interés por aquel asunto. Cuando se hartó de que le porfiasen y tuvo que aceptar, habló con el gobernador para desengañarlo con mucho respeto: "Mire que es lo que le faltaba al pueblo para acabar de hundirse." "Usted empiece" dijo la primera autoridad local, provincial, que sabía lo suyo de alcaldes y sobre todo de hombres. Pues empezó. Y aquel que fuera ciudadano indiferente se

encontró, de pronto, como el héroe de Anouilh, con que ya de estar dentro había que hacerlo a conciencia, defender "el honor del pueblo". Y con gran asombro de sus convecinos decidió no casarse con nadie, como no fuera con el orden, la limpieza y el ornato de calles, plazas y jardines. "Un mirlo blanco", se oye decir ahora por las esquinas.

Lo que yo veo más meritorio en un alcalde, sobre todo si manda en una aldea o villa o ciudad) no muy grande, es el heroísmo de soportar una crítica que se le hace cuerpo a cuerpo, cara a cara. A un señor ministro no debe de gustarle lucho, a la hora del desayuno, que el periódico de la mañana le tire tal o cual alfilerazo a su Departamento. Pero lo realmente duro, lo que exige mucho temple y valor es echarse un hombre a la calle, a pie, y afrontar el juicio de los contribuyentes. Explicar al país un revés como hace -o debe hacer- el político encumbrado, tiene una dimensión, una "grandeza" que lo hace más soportable que disculparse por una boca de riego rota, por un pavimento que no ha fraguado como debiera. Es que en la pequeña circunscripción donde casi todos somos parientes, falta el móvil principal de la mitificación, que no es otro sino la distancia. Mantener negocios o relaciones profesionales con todo quisque, dejarse ver con el tractor o repartiendo el pan, tomar el vaso de vino o el café de cada tarde en compañía, jugar al dominó... y que la autoridad no se degrade: ¡casi nada! Y acontece, oh milagro, en miles de pequeños municipios, en todas las regiones de España.

Pero hablábamos de lo que ocurre cuando un ciudadano entra a ser alcalde. ¿Y cuando sale...? No es difícil creer a quien confiesa un gran alivio, la sensación de quitarse un duro peso que le cansaba los hombros. Pero en el fondo-; y cuán humano- el remusgo secreto por... dejación de un poder. Los guardias municipales (por delicadeza personal, supongo, más que por reglamento) siguen haciendo el saludo a los ex alcaldes. Pero hay símbolos inanimados, sin pizca de corazón. Varían de unas tierras a otras, como una especie de folklore. En algunas ciudades, por ejemplo, se coloca una artística farola en la puerta de la primera autoridad y todas las noches se enciende como un honor vigilante. Ver marchar la farola puede resultar lo más sensible de un relevo. Mi padre no llegó a alcalde del pueblo, pero si conoció mi niñez una placa sobre la puerta de casa: "Alcalde de barrio". Algunas noches calurosas y báquicas estallaba la gresca y alguien venía corriendo con el aviso. Mi padre se calzaba las botas, porque en zapatillas- decía- no hay autoridad posible, y marchaba a separar los puños y las navajas. A su regreso protestaba mi madre, amenazaba con arrancar ella misma la insignia, pero ya estaba recalentando la cena interrumpida, y a mí me parecía que en el fondo era con satisfacción, hasta con un poco de orgullo. Mi padre juraba que estaba deseando dejarlo, pero traía siempre a relucir que los alcaldes de barrio los hizo Carlos III, el mismo de las fuentes y de las carreteras que nacen en la Puerta del Sol. Un año, por abril, presencié cosas nuevas. En la escuela del rey, donde yo empezaba

con las lecciones de memoria, quitaron al rey y pusieron otro retrato. Y aunque yo tardara muchos años en relacionar un suceso con otro, de mi casa se llevaron la placa para una puerta de más abajo. Mi padre dijo que qué bien, "tenemos que celebrarlo". Pero alguna vez lo sorprendí mirando para aquellos cuatro agujeros denunciadores de un rectángulo que no había sido descolorido por el sol.

Pues bien: Si llega a prosperar lo que en Lugo se apuntó como idea, los alcaldes que dejen de serlo serán "los ex alcaldes". Parece una perogrullada. Pero lo que quiero significar es que, como tales, seguirán pesando en el país. No con el carácter meramente fraternal, añorante, con que se asocian los viejos ferroviarios o los antiguos alumnos de los Maristas, sino como fuerza asentada en la experiencia de haber ejercido uno de los cargos más heroicos de cuantos puede ejercer un hombre al servicio político -si señores, político- de los demás hombres, sus conciudadanos.

Hay quien dice que los alcaldes serian todavía más alcaldes -y los ex alcaldes más ex alcaldes- si los escogieran por la base de no sé qué pirámide. Pero esto es ya camisa de once varas para el cronista.

Antonio PEREIRA